

Carnets de  
*formentor*

ÍNDICE

PREMIO FORMENTOR DE LAS LETRAS 2022

*Acta del jurado* 7

LECTURA DE LIUDMILA ULÍTSKAYA  
A CARGO DE LOS MIEMBROS DEL JURADO

*La ética partisana de la intimidad* 11  
Basilio Baltasar

*Cronista del alma rusa* 23  
Enric Bou

*La urdimbre de los hilos invisibles* 35  
Gustavo Guerrero

*El pacto esquivo* 45  
Elide Pittarello

*Contra el silencio impuesto* 59  
Marta Rebón

DISCURSO

*La hazaña de leer* 71  
Liudmila Ulítskaya

XIV CONVERSACIONES LITERARIAS  
DE FORMENTOR

*Sevilla, octubre de 2021*

TRIBUTO A ROBERTO CALASSO

<i>Un aristócrata de las Letras</i>	89
Basilio Baltasar	
<i>El alfabeto de los dioses</i>	93
Antoine Gallimard	
<i>Adelphiana</i>	101
Jorge Herralde	
<i>Editar escribiendo, escribir editando</i>	117
Gustavo Guerrero	
<i>La edición, una de las Bellas Artes</i>	127
Jesús García Calero	

NÁUFRAGOS, PEREGRINOS Y ARGONAUTAS

*De la vida itinerante en el ancho mundo*

LA CRÓNICA

<i>Presentación</i>	141
<i>La imaginación impaciente</i>	145
Karina Sainz Borgo	
<i>Los editores de César Aira</i>	161
Javier Montes	

<i>El naufragio es la metáfora</i>	177
Patricia Almarcegui	
<i>Argonautas, el sabor de la aventura</i>	191
Elena Hevia	
<i>Peregrinos sin consuelo</i>	205
María Belmonte	
<i>Los viajes de Saramago</i>	219
Manuel Pedraz	
<i>El sello de la literatura epistolar</i>	227
Ariana Basciani	

#### ÁLBUM DE FOTOS

Lectura del acta del jurado. Sevilla, abril de 2021	273
Declaración de los editores independientes	
Encuentro en Madrid, septiembre de 2021	287

#### APÉNDICE

Biografías	327
Prix Formentor	335
Conversaciones Literarias de Formentor 2022	337
Los carteles	339
Índice de fotografías	345

## PREMIO FORMENTOR DE LAS LETRAS 2022

### *Acta del jurado*

Reunidos en Lanzarote, en la casa de José Saramago, los miembros del jurado del Premio Formentor de las Letras, formado por Elide Pittarello, Marta Rebón, Gustavo Guerrero, Enric Bou y, su presidente, Basilio Baltasar, tras una detallada deliberación y después de considerar los méritos de los escritores presentados como candidatos por el jurado, evaluando el sentido y la calidad de sus obras literarias, han procedido a reconocer los logros de la autora galardonada con el Premio Formentor de las Letras 2022.

Por el poderoso aliento narrativo con que registra las más sutiles emociones del alma humana, por la sensibilidad con que cuenta la epopeya de las personas arrojadas al laberinto del mundo, por la delicadeza con que rehabilita la dignidad de los hombres y mujeres sometidos al despótico azar de la desdicha, por la soberbia índole de sus personajes y su ondulante, aguda y deslumbrante conversación..., el jurado ha decidido conceder el Premio Formentor de las Letras 2022 a la escritora rusa Liudmila Ulítskaya.

Como heredera de la tradición narrativa de su país, Ulítskaya ha actualizado con su enérgica prosa el legado de una formidable destreza novelesca. El panteón literario

ruso despliega en la obra de Ulítskaya la admirable maestría de una influencia que elabora, expande y recrea como parte de la literatura europea.

Desde su hondo amor a lo real enigmático, Ulítskaya hace florecer en sus polifonías históricas el coraje y el abatimiento, el entusiasmo y la defección, y un empecinado recelo ante los dogmas, axiomas, paradigmas, sistemas y aparatos de cualquier procedencia. Su ética de la responsabilidad caritativa está anclada en un inminente y cercano sentido de lo sagrado. Una dimensión que se desliza en las vidas cotidianas de los seres humanos y da forma a la conciencia de una secreta lucidez.

La impresionante gama de experiencias, ideas y emociones adoptan en su obra una impecable forma literaria, sin turbar la naturalidad del idioma y la espontaneidad de una fluida conversación. Las novelas de Ulítskaya plantean preguntas incómodas que conciernen por igual a vencedores y vencidos, héroes y traidores, asesinos y víctimas. Con un alto contenido moral y religioso —cuyas fuentes encuentra en el judaísmo y el cristianismo—, la obra de nuestra escritora explora las ambiguas y complejas relaciones entre el bien y el mal.

Su formación profesional como bióloga y genetista dota a su voz narrativa de una singular penetración, una modalidad literaria precisa y detallista. Con un lenguaje conmovedor, atenta a los aspectos inadvertidos de la vida cotidiana, Ulítskaya dibuja grandes frescos que son

*Premio Formentor de las Letras 2022*

simultáneamente delicadas miniaturas y visiones panorámicas. Nuestra autora escribe y describe con exquisita ironía y ternura la complejidad de la vida en Rusia antes, durante y después del periodo soviético y aborda en su extensa obra, sin complejos, subterfugios ni reticencias, la personalidad, rasgos y cualidades de la mujer que resiste, esquiva y desmiente la vulgaridad de los tópicos.

Al cuestionar las convenciones cronológicas de la novela, Ulítskaya puede ensamblar lo heterogéneo y lo fragmentario y dar testimonio del difícil arte de vivir atravesando incontables vicisitudes.

En sus novelas, cuentos y obras de teatro actúan personajes de toda edad, procedencia, etnia, clase social, credo, oficio, orientación sexual o género. Recibiendo todos ellos, los marginados y los inconformistas, los forasteros y los oprimidos, la vigorosa, audaz y compasiva mirada de la autora.

Por todo ello, y por la ejemplar humanidad de su elocuencia literaria, el jurado concede a Liudmila Ulítskaya el Premio Formentor de las Letras 2022.

Lanzarote, 28 de abril de 2022

## CRONISTA DEL ALMA RUSA

*Enric Bou*

*La principal cualidad inexcusable de un escritor  
es la necesidad irreprimible de escribir, la grafomanía,  
es decir, un amor apasionado por la escritura.*

Liudmila Ulítskaya

Característico de los escritores rusos del siglo XIX fue la fuerza, la franqueza, la honestidad y la precisión con la que describían los aspectos más esenciales de la experiencia humana. Los eventos y emociones sustanciales de cualquier vida se nos aparecían en sus obras de modo real, inolvidable: el parto, la infancia, la muerte, el primer amor, el matrimonio, la felicidad, la soledad, la traición, la pobreza, la riqueza, la guerra y la paz. La narrativa de Ulítskaya, heredera de esa tradición, se puede relacionar también con la literatura de la *intelligentsia*, a la que Lenin denominaba no el cerebro de la nación sino su excremento. Entre los ejemplos más destacados se cuentan *El doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, o *El Maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov. Pertenece pues a un grupo de intelectuales que han recuperado el sentido del activismo social y la defensa de la responsabilidad individual en nombre de toda la comunidad. Reflexionando sobre su aprendizaje como

escritora, Ulítskaya ha escrito: «Lo más importante, sin duda, es que aprendí a leer. Discierno mucho más claramente el envés de un texto, la lógica de una historia, el misterio de un vecindario de palabras exitosas y la desesperación de no poder expresar algo. Ahora amo a Pushkin y Tolstói, Bunin y Nabokov aún más conscientemente, me enamoré nuevamente de Pasternak y Brodsky». Consciente de su pertenencia a una potente tradición literaria, con ella ha dialogado y ha establecido su voz personal.

La primera novela de Liudmila Ulítskaya, *Sóniechka*, como la mayor parte de su obra, se puede situar entre la cultura popular y la literatura intelectual. Se podría relacionar con otras *Sóniechkas* de la literatura rusa, como los personajes de Dostoyevsky, por su bondad y magnanimidad. En esa obra primera reconocemos muchos de los ingredientes que caracterizan su mundo: la (meta) literatura, las sagas con complejas relaciones amorosas y familiares, la reflexión moral indirecta, la crónica histórica desde la Rusia soviética hasta el desmoronamiento posterior. El personaje protagonista, *Sóniechka*, es una devota de la literatura rusa y, como tantos otros personajes literarios, proyecta su vida indirectamente en los personajes de los libros. Trabaja en una biblioteca local, se casa con un artista, Robert Viktorovich, y tiene unas relaciones complejas con su hija Tanya y la amiga de esta, Jasia. En otro de sus primeros libros, *Los alegres funerales de Alik* (1997), un grupo de emigradas rusas en Manhattan se

enfrenta con la muerte de un amigo común, pero la autora —como en otros de sus libros— demuestra un penetrante conocimiento del drama de los rusos en Estados Unidos: «estaban unidos por el simple hecho de haber abandonado Rusia». Alik anota sus sueños en un *Cuaderno de sueños de emigrados*, y estos se repiten una y otra vez: después de una breve visita a Rusia, le es imposible regresar a Estados Unidos. Típico de las narraciones de Ulítskaya, la agonía de Alik se mezcla con algún gran evento de la historia rusa, en este caso, el golpe militar contra Gorbachov.

Ulítskaya se caracteriza por unas creencias liberales que se manifiestan en unos personajes femeninos con una sexualidad libre. Más que mera promiscuidad, la sexualidad emancipada de los personajes de Ulítskaya representa el goce de la sexualidad vivida en libertad. Sus novelas nos hablan de mujeres perennes, mujeres valientes, mujeres que no se dan por vencidas. El papel central que atribuye a las mujeres, presentándolas dotadas de coraje, fuertes, coincide con una característica sociológica de la sociedad rusa, donde, después de revoluciones, guerras y campos de concentración, el número de hombres es visiblemente inferior al de las mujeres.

En un modo de apoyo a la causa de disidencia, enfrenta a sus personajes a los límites políticos impuestos desde el poder. La disidencia política ocupa un lugar prominente en su mundo y de ahí parte una actitud suya característica: la compasión por los ofendidos y los marginados, así

como por los lazos íntimos entre familiares y amigos, lo cual es especialmente obvio en *La carpa verde*, que narra la historia del movimiento disidente soviético a través de historias de amor y de las diversas opciones vitales de sus tres protagonistas. Las novelas de Ulítskaya generalmente proponen una genealogía que vincula la intelectualidad contemporánea con aquellos que presentaron al régimen soviético como una fuerza deshumanizadora y brutal. A veces se resuelve en comentarios irónicos entre líneas, como el de un personaje de *Sinceramente suyo*, *Shúrik*, quien, al llegar a Moscú por primera vez en su vida, va a la Plaza Roja «para ver el Kremlin y el mausoleo de Lenin, La Meca y la Kaaba de esta parte de la tierra».

Un valor añadido en la narrativa de Ulítskaya es que, gracias a su atención a las pequeñas cosas, los intersticios de lo cotidiano, consigue transmitirnos unos apuntes para una historia paralela de la experiencia rusa a través de los dos últimos siglos. Es un buen complemento del magnífico libro del historiador alemán Karl Schlögel, *El siglo soviético: Arqueología de un mundo perdido* (2021), archivo de un proyecto que no fue solo un sistema político, sino un modo de vida, un conjunto de prácticas y valores: una civilización, porque «las tradiciones de cultura política, de comportamiento, de relaciones humanas sobreviven al colapso de las estructuras políticas». El hecho de que, durante siete décadas, no hubiera oportunidad para la emergencia del pluralismo, para la afirmación de la sociedad

civil, es un condicionante de gran peso. Según cuenta Schlögel, y comprobamos en las novelas de Ulítskaya, la apatía política, la expectativa de que las instituciones lo deciden todo, la escasa consideración de la responsabilidad individual, la desconfianza hacia los líderes y otros sentimientos que se afianzaron en la etapa soviética siguen siendo muy fuertes tres décadas después de la caída del imperio. Por momentos, sus novelas se convierten en una especie de cartografía social, de las diversas y múltiples opciones que, a pesar de la feroz represión, entre sus costuras, podían —¡pueden todavía!— revelarse en la sociedad rusa. Sus dotes de observadora social, de cronista de unas rebeliones disidentes, son de una extraordinaria riqueza y permiten al lector occidental atisbar muy de cerca las inmensas contradicciones del país más grande del mundo. Joseph Brodsky escribió que Rusia combinaba «los complejos de una nación superior» con «el gran complejo de inferioridad de un país pequeño». Es una nación que se modernizó tardíamente y vagamente a la europea, con el resultado de que el país más grande del mundo sea extrañamente provinciano. El retrato de Rusia que nos proporciona Ulítskaya está plagado de sensibilidad y agudeza de miras.

La religión es un elemento complejo en la sociedad rusa. En *Medea y sus hijos*, por ejemplo, las observaciones de Georgii en el cementerio iluminan varios temas interrelacionados que guían tanto la novela como la narrativa de

Ulítskaya: la organización del cementerio en zonas religiosas como la sección tártara en ruinas con lo que quedaba de la mezquita y la vertiente oriental cristiana. Medea había enterrado a su marido judío con tranquilidad, a una buena distancia de su madre. Esta, Matilda, era «buena cristiana en todos los aspectos, celosamente ortodoxa, que no tenía tiempo para los musulmanes, temía a los judíos y sentía aversión por los católicos. No se conocían sus puntos de vista sobre los budistas, taoístas y similares, si es que alguna vez había oído hablar de ellos». Limpiar las lápidas del cementerio tiene una correspondencia en el ámbito doméstico: así mantiene un orden estricto en la cocina. Además, su cuidado de la tumba de Samuel implica el perdón de su adulterio. Este detalle es revelador tanto para Medea como para Ulítskaya: implica que los grandes conflictos que han distorsionado el siglo xx pueden ser mitigados, si no resueltos, a nivel personal por acciones individuales. La condición de los judíos rusos es un foco particular en su interés. Obras como *Medea y sus hijos* y *Daniel Stein, intérprete* son representativas de una atención a las múltiples manifestaciones opuestas de la experiencia judía en Rusia a través de los siglos y de los regímenes políticos. La historia de Daniel Stein es la biografía ficticia de Oswald Rufeisen, el sacerdote y héroe de guerra cuya vida real sirve de inspiración para la novela de Ulítskaya. La estructura —muy original y atractiva— crece a través de la yuxtaposición de documentos

de índole diversa: cartas, comunicados, entrevistas y conferencias sirven para construir el libro. Ulítskaya admitió que «si bien muchos de los documentos utilizados en el libro son auténticos, muchos son ficticios, y la intención ha sido permitir que la verdad de la literatura trascienda la verdad de la realidad mundana». La dispersión de la vida de Rufeisen libera su verdad en lugar de diluirla, dotando a Daniel Stein de una crudeza y una sinceridad que son muy innovadoras en la literatura del Holocausto. Como muchos judíos polacos de su tiempo, Stein crece rodeado de idiomas: polaco, alemán, yiddish y hebreo, pero su verdadera habilidad es para algo más sutil y difícil que el dominio de las lenguas. Como su hermano Avidor le dice a Ewa: «Tenía la habilidad de hablar sobre asuntos complicados de una manera muy directa y comprensible». Se hizo entender, en otras palabras, de una manera que pocos lingüistas pueden hacer: utilizando los idiomas a su disposición como herramientas de comunicación, en lugar de objetos de veneración. Es un esfuerzo singular por parte de Ulítskaya para acercarnos a uno de los grandes dramas del siglo xx a través de la curiosa trayectoria del padre Daniel Stein.

Una situación predilecta de la escritora es la de una saga familiar (con árbol genealógico incluido para orientar al lector) que cubre varias generaciones, con múltiples posiciones políticas contradictorias e incluso religiosas. Son especialmente esclarecedoras a este respecto sus narraciones

que consisten en sagas en las que presenta a heroínas y a héroes que muestran actitudes de libertad en su estilo de vida, más que en sus declaraciones ideológicas o en sus posiciones políticas. *Sinceramente suyo*, Shúrik se focaliza en la historia de una familia en torno a tres figuras, Shúrik Korn, y sus educadoras, una enérgica abuela, Yelizaveta Ivánovna, que es profesora de francés, y su madre, Vera Aleksándrovna, una actriz sin mucho futuro. Educado en la abnegación y el amor al prójimo, Shúrik mezcla compasión y deseo, estableciendo una serie de relaciones tóxicas con mujeres de todo tipo y condición. Las amantes de Shúrik son la excusa para, como en otras novelas de Ulítskaya, introducir la historia de cuatro generaciones de una familia rusa, desde comienzos hasta finales del siglo xx, y, sobre todo, las vicisitudes del grupo de mujeres, de edades y extracciones sociales diferentes. Otro ejemplo complementario sería *La escalera de Jacob* (2015). Nora encuentra las cartas intercambiadas por sus abuelos durante una tormentosa relación que mezcla represión política y distanciamiento personal. A partir de ellas reconstruye un siglo de vida rusa. El destino de todos estos personajes (sus vidas, en su cotidianidad, en sus alegrías y desgracias) está marcado por la atormentada historia del país a través de pogromos, revoluciones, guerras, represiones, deportaciones. El control de los acontecimientos escapa a los individuos en todos los aspectos de su vida, incluidos los más personales.

Un aspecto insistente en la narrativa de Ulítskaya es el de la reflexión metaliteraria. Se sitúa delante de un espejo en el momento de la escritura. Un momento especialmente brillante se narra en *Daniel Stein, intérprete*, donde en una carta a Elena leemos:

Renuncié totalmente al enfoque documental, aunque me aprendiera de memoria todas las vidas, folletos, documentos, publicaciones y memorias de cientos de personas, como conviene a un esclavo de los documentos. Empecé a escribir una novela, o no sé muy bien cómo llamarla, sobre un hombre situado hoy en las mismas circunstancias y enfrentado a los mismos problemas. Toda su vida cargó con un montón de preguntas sin resolver, nunca formuladas y sumamente incómodas para todos. Del valor de la vida convertida en lodo fangoso bajo nuestros pies, de la libertad que tan pocos necesitan, de Dios cada vez menos presente en nuestra existencia, de los esfuerzos por arrancarla de las palabras gastadas hasta el infinito.

Con la aparente objetividad del ojo clínico de una científica, Liudmila Ulítskaya consigue construir poderosas narraciones que muestran ecos de la mejor tradición rusa (Tolstói, Pasternak, etc.) que incorpora en sutiles gestos de intertextualidad. Tiene la extraordinaria capacidad de organizar sagas embriagadoras, que arrastran al lector, consiguiendo forjar historias familiares (o de grupo) verosímiles. Con un lenguaje conmovedor, atenta a los detalles más mínimos de la vida cotidiana, dibuja grandes frescos que son simultáneamente miniaturas y visiones

de conjunto de gran aliento. Escribe en la tradición del siglo XIX, con exquisita ironía y ternura, en grandes montajes en forma de collage, para narrar la complejidad de la vida en Rusia antes, durante y después del periodo soviético. Escondidas dentro de otras como muñecas rusas, las historias de sus personajes se desarrollan a lo largo de extensos periodos de la turbulenta historia rusa y sus múltiples diásporas. Ulítskaya presenta magistralmente la psicología a través del lenguaje del cuerpo, la experiencia sensorial y la voz cambiante del narrador. El secreto de su estilo es lograr un equilibrio entre la alta cultura y la cultura popular. Como íntima conocedora del tema, Ulítskaya capta a la perfección las alegrías, miserias y peligros de la vida disidente para señalar cómo la experiencia soviética cambió la vida en Rusia. Subrayando el poco control que los seres humanos tienen sobre sus vidas; el impacto de las fuerzas políticas en los individuos; la certeza de la muerte, de alguna manera suavizada por la promesa del nuevo nacimiento, en la obra de Ulítskaya se puede detectar una atención a la tolerancia, combinando dos roles: el de la escritora y el de la figura pública. Se ha convertido en una voz de autoridad moral para los rusos que piensan de manera diferente respecto al poder dominante. La tolerancia se convierte en un dispositivo cohesivo en varios niveles de los textos, una fuerte base ética que puede identificarse como lo más característico de su arte. Como dice uno de sus personajes: «La literatura es lo único que nos permite

*Cronista del alma rusa*

sobrevivir, lo único que nos ayuda a reconciliarnos con el tiempo que vivimos» (*La carpa verde*). O como ha escrito ella misma a propósito del arte de escribir: «requiere precisión y honestidad. Por extraño que parezca, la mentira es más notoria en el papel que oralmente. La escritura no admite verborrea. Me tengo que controlar, y todavía no he aprendido a hacerlo con el rigor suficiente. Reconozco que, si tuviera que volver a elegir una profesión, elegiría la biología. Pero es demasiado tarde para eso». Liudmila Ulítskaya, a través de sus diversas voces, de su autoridad moral, de su disidencia y de ser continuadora de una memorable tradición literaria, es una magnífica cronista del alma rusa.